

LXVI.

Él, que de Jove, mientras ella hablaba,
Guarda en su mente el mandamiento impreso,
Fijos los ojos en el suelo clava,
Mudo resiste del dolor al peso.
«Mi gratitud tu esplendidez alaba,»
Esto al fin dijo apenas; «y confieso
Que si arguyes ¡oh Reina! con mercedes,
Muchas y grandes recordarme puedes.

LXVII.

»Yo llevaré al recuerdo de esos dones
La imagen tuya dulcemente unida,
Mientras guarde mis propias tradiciones,
Mientras mi pecho aliente aura de vida.
Mas oye, en la cuestion, breves razones:
No pensaba ocultarte mi partida,
Ni de union conyugal te hice promesa;
No así te engañes: mi mision no es ésa.

LXVIII.

»¿No ves que si el destino me otorgara
Guiar las cosas, reparando males,
Ya hubiera visto por mi patria cara?
¿Podria de sus héroes los mortales
Restos honrar; al golpe de mi vara
Se alzarán sus alcázares reales,
Y poderosa, como en ántes era,
Troya de sus cenizas renaciera!

LXIX.

»Mas ¡ay! la voz de oráculo divino
Fuerza mi voluntad, Febo me guía;
Navegar para Italia es mi destino,
Ya éste es mi amor, y esta es la patria mía!
Cual hoy Troyano á Ausonia me encamino,
Tiria á Cartago tú viniste un día;
Ya en paz la riges: en igual manera
Buscamos, do reinar, zona extranjera.

LXX.

»Mi padre Anquises, cuando en alto vuelo
La noche entolda el orbe de la tierra
Y brillan las estrellas por el cielo,
En sueños me habla, y su actitud me aterra:
Mi hijo Ascanio me es causa de desvelo,
Y en él mirando, el corazón se cierra;
Que aquí, distante del confin hesperio,
Yo le defraudo el prometido imperio.

LXXI.

»No há mucho el nuncio de los Dioses vino;
Por vida de ambos que le vi te juro,
Enviado por Júpiter, camino
Por los aires abrir, y entrar el muro:
Estoy mirando su esplendor divino;
Oyendo estoy su mandamiento duro!
No me des más, no más te des tormento;
Llévanme á Italia, y con dolor me ausento!»

LXXII.

Miéntras hablaba, fiera y desdenosa
 Con ardiente inquietud ella le mira;
 Mirándole en silencio, ira rebosa,
 Y luégo á voces se desata en ira:
 «No fué tu madre, ¡pérfido! una Diosa,
 Que descienes de Dárdano es mentira:
 C'ucaso te engendró entre hórridos lechos,
 Hircana tigre te crió á sus pechos!

LXXIII.

»Ya ¿qué hay que disfrazar? ¿qué más espero?
 Ve llorando á su amante, y se contrista?
 ¿Le merecí una lágrima, un ligero
 Signo de compasion? ¿volvió la vista?
 ¡Cielos! ¿Qué agravio acusaré primero?
 ¿Cuál Dios habrá que á vindicarme asista?
 Ni Juno ya, ni Jove, ¡oh desengaño!
 Con justa indignacion miran mi daño.

LXXIV.

»Oh justicia! ¡oh lealtad! ¡nombres vacíos!
 ¡Yo náufrago, desnudo, falleciente
 Le recogí, le abrí los reinos míos,
 El imperio con él partí demente!
 Yo los restos salvé de sus navíos,
 Yo libré de morir su triste gente!..
 ¿A dónde me despeña el pensamiento?
 ¡Llevada de furor, arder me sientó!

LXXV.

»¡Y ahora la voz de oráculo divino
 Fuerza su voluntad! Febo le guia!
 Ni há mucho el nuncio de los Dioses vino,
 ¡Y es heraldo que Júpiter le envía!
 ¡Y en los aires abriéndose camino
 Le trae la órden fatal! ¡Quién pensaria
 Que hubiesen de alterar cuidados tales
 La alta paz de los Dioses inmortales!

LXXVI.

»Nada te objeto, ni partir te impido:
 Vé, y por medio del mar, en seguimiento
 Camina de ese imperio prometido;
 ¡Busca esa Italia con favor del viento!
 Mas si justas deidades, fementido,
 Algo pueden, te juro que el tormento
 Hallarás, entre escollos, que mereces,
 Y á Dido por su nombre allí mil veces

LXXVII.

»Invocarás; y Dido abandonada,
 Con tea humosa aterrará tu mente;
 Y cuando á manos de la muerte helada
 Salga del cuerpo esta ánima doliente,
 Yo, vengadora sombra, á tu mirada
 En todas partes estaré presente!
 Tu crimen pagarás; sabráse, oirélo:
 ¡Eso en el Orco irá á acallar mi duelo!»

LXXVIII.

Ella súbito aquí la voz detiene,
Y huye la luz odiosa con gemido;
El, que á oponer razones se previene,
Queda atónito, absorto, atontecido.
Y hé aquí un grupo de esclavas la sostiene,
En brazos; y la llevan sin sentido
Al tálamo, de mármoles labrado,
Y la reclinan sobre el regio estrado.

LXXIX.

Cierto que con palabras de dulzura,
El religioso príncipe quisiera
Mitigar de la triste la amargura,
Y el dolor suavizar que la exaspera,
Gime él de corazón su desventura,
Que amor le oprime con angustia fiera;
Todo, empero, lo vence, y determina
Recto cumplir la voluntad divina.

LXXX.

Ya á revistar su armada acude al puerto,
Y ya las altas popas de la orilla
Los Troyanos alanzan de concierto;
Flota liviana la embreada quilla.
Remos y tablas da, de hoja cubierto
Tronco informe, áun no bien la hacha le humilla;
Y en este afán por coronar la empresa,
Salen de la ciudad todos de priesa.

LXXXI.

Tal las hormigas próvidas saquean
Riquezas que en sus antros acumulan;
Y, en la hierba cruzándose, negrean,
Y en senda angosta, por do van, pululan:
Unas á empuje granos acarrean,
Otras, á la que tarda ora estimulan,
Corrigen ora á la que pierde el tino;
Con tanta agitacion hierve el camino.

LXXXII.

¡Tu pobre corazón qué sentiría!
¡Cuán grande hubo de ser, Dido, tu pena,
Cuando hirviente la playa en lejanía
Atalayabas desde la alta almena!
¡Qué, al sentir la confusa vocería
Con que al mar asordaba la faena!...
Tú ¿á qué un alma no obligas, amor ciego?
Por ti ella al lloro vuelve, y vuelve al ruego.

LXXXIII.

Con interpuestas súplicas ensaya
Ir á amansar rebeldes sentimientos;
Que morir no es prudente sin que haya
Esforzado los últimos intentos:
«¡Ay, Ana! ¿ves bullir toda la playa?
Míralos: corren, vuelan; ya contentos
Las popas adornaron de coronas;
Ya convidan al céfiro sus lonas.

LXXXIV.

»Yo que pude esperar dolor tan fiero
Lo sabré soportar, hermana mía.
Este único favor te pido, empero:
Pues te preciaba en tanto, y ser solía
El pérfido contigo verdadero,
Y tú hallabas sazón de entrarle y vía,
Anda, y doblar con súplicas procura
Esa cerviz cual de enemigo dura.

LXXXV.

»Que no con Griegos, le dirás, la guerra
Juré en Áulide, naves á hacer riza
No envié á Troya, no moví la tierra
Que cubre de su padre la ceniza.
¿Pues por qué oídos á mi llanto cierra?
¿Qué huye azorado así? ¿Quién le hostiliza?
Buen viento espere y que la mar se ablande:
Es gracia, y la postrera que demande.

LXXXVI.

»Nó ya que vuelva por la fe de esposo
Ni á ese Lacio renuncie tan querido,
Que le costara asaz, pedirle oso,
Tiempo (nada le cuesta) es cuanto pido!
¿Tregua al dolor, momentos de reposo
Dé, en que el pecho á sufrir se avece herido!
Esto ruego; sé, hermana, compasiva;
Haz esto, y soy tu esclava mientras viva.»

LXXXVII.

Tal la triste con lágrimas decía;
Tal á Enéas con lágrimas la hermana
Habla, y vuelve, y retorna, y su porfía
(No hay con él argüir) fatiga es vana;
Que ni por llantos su intencion varía,
Ni á ruegos ya su voluntad se allana;
Rigor del hado: al penetrar su oído
Embota un Dios la fuerza del gemido.

LXXXVIII.

Cual recio, antiguo roble á quien trabada
Legion de vientos en el Alpe embiste;
Braman; cruje la rama atormentada
Y de hoja el suelo en derredor se viste;
Mas él, asido de peñascos, nada
Teme, y á opuestos ímpetus resiste,
Y el cielo con su copa hiriendo altiva,
Con raíz honda en el Averno estriba;

LXXXIX.

Él a í de querellas golpeado,
Cuando su angustia divertir no pueda
Tenaz resiste de constancia armado;
Inútil llanto de los ojos rueda.
Mas Dido, á quien temblar hace su hado,
Morir quiere que el cielo la conceda;
Ni la bóveda espléndida celeste
Torna á mirar sin que pesar le cueste.

XC.

Fortuna, que en su daño se encruelece,
 Porque su infausto fin seguro sea
 Hace que á tiempo que devota ofrece
 Dones en la ara do el incienso humea,
 Note el agua lustral que se ennegrece
 Y en sangre el vino corromperse vea.
 ¡Oh vista horrible! Atónita, confusa,
 Aun á su hermana declararlo excusa.

XCI.

Dedicado á Siqueo un templo habia,
 Todo de mármol, al palacio adjunto:
 Ella le ama, ella le honra, y le atavía
 Con velos blancos como nieve, junto
 Con tiernas ramas. En la noche umbria
 Parecióle que el cónyuge difunto
 La llama, del oscuro monumento
 Con misteriosa voz, con hondo acento.

XCII.

Oyó á un buho tambien que se lamenta
 Solitario en los altos torreones
 Con lloroso clamor; su duelo aumenta
 El recuerdo de aciagas predicciones.
 Enéas mismo en sueños la atormenta;
 Y por largo camino, por regiones
 Aridas, siempre sola, peregrina,
 Ir buscando á los suvos se imagina.

XCIII.

Tal las huestes de Euménides Penteo
 Y dos soles, dos Tébas mira insanõ;
 Tal Orétes con ciego devane)
 Comparece en la escena huyendo en vano:
 Con fuego y sierpes tras el hijo reo
 Arma una sombra la terrible mano,
 Y vengadoras Furias las entradas
 Sitian del templo, en el umbral sentadas.

XCIV.

El dolor la ha vencido; la despeña
 El furor: el partido extremo abraza;
 Y en su mente los trámites diseña,
 Acuerda el modo, y el momento aplaza.
 Su intento oculta, y con la faz risueña
 Dice á la triste hermana: «Hallé la traza
 Como al ingrato á reducir acierte,
 Ó de él mi atado corazon liberte.

XCV.

»Me des la enhorabuena, hermana, espero;
 Mas oye el caso. En el país lejano
 Que ve del sol el resplandor postrero
 Y el límite final del Oceano,
 Allí demora el último lindero
 Que posee atezado el Africano;
 Allí es cielo con fuego rutilante
 Rueda en lo hombros del eterno Atlante.

XCVI.

»Hija de esos incógnitos confines,
Con fuerte encanto vindicarme fia
Negra maga que el templó y los jardines
Guardó de las Hespérides un día:
Ella daba sustento á los mastines,
Y el árbol milagroso defendia,
Y de amapola soporosa, y blanda
Miel, esparcia la eficaz vianda.

XCVII.

»Que ardores hiela con sus cantos jura,
Y da al helado fuego en que se queme;
Ataja los torrentes, y en la altura
Suspenso el astro sus hechizos teme;
Sombras evoca entre la noche oscura,
Y oirás bajo sus piés cuál muje y treme
La tierra; y cuál, verás, los fresnos bajan,
Que al conjuro, del monte se descuajan.

XCVIII.

»Tú, en lo interior, si mi salud deseas,
Alza al raso una hoguera sin testigo
(Séalo el Cielo, y tú, mi bien, lo seas,
Que á usar de esta arte á mi pesar me obligo).
La espada que dejó pendiente Enéas,
El lecho que en mi mal nos fuera amigo,
Ponlo allá todo; la adivina aguarda
Que no quede reliquia sin que arda.»

XCIX.

En sus labios aquí se heló la risa,
Y ocupa el rostro palidez funesta;
Mas ¡ay! en balde en su silencio avisa
Que un nuevo estilo funerario apresta;
Ana ciega aún no en Dido aquel divisa
Mental furor; ni la imagina expuesta
Á golpe más cruel, dolor más crudo
Que en muerte del marido estarlo pudo.

C.

Y así ignorante la infeliz jornada
Va á preparar. La Reina, en cuanto mira
Al cielo descubierto levantada
En el patio interior la triste pira,
Con leños resinosos solidada
Y con rajás de roble, en torno gira
Tendiendo hojosa amenidad, y al muro
Guirnaldas cuelga de verdor oscuro.

CI.

Y sobre el lecho, con fingido intento
La efigie y armas del traidor coloca:
En torno hay aras: con horrible acento
La hechicera, en cabello, al Cielo toca;
Y deidades allí tres veces ciento,
Y al negro Caos y al Erebo invoca,
Y, vírgen en tres fases conocida,
En tres formas á Hécate apellida.

CII.

Con aguas ya que del Averno el cieno
 Mustias figuran, libacion se hizo;
 Y alléganse, cargados de veneno,
 La hierba pubescente, el tallo rizo
 Que de la luna al esplendor sereno
 Cortó segur de cobre; y el hechizo
 Que, hurtado á la cerviz de potro tierno,
 Falto dejóle del amor materno.

CIII.

Dido misma la sal ofrenda y trigo,
 Un pié descalzo, desceñido el manto,
 É invoca á las estrellas, por testigo
 Tomando de su fin al Cielo santo:
 Ellas su historia saben, y si amigo
 Hubo algun Dios á quien moviese el llanto
 De amantes mal pagados, ése pide
 Vea en su causa y de vengarla cuide.

CIV.

Era la noche: al medio del camino
 Iban los astros por el alto Cielo;
 Calla el bosque y el piélagos marino;
 Yacen los brutos que sustenta el suelo:
 Ni en breñas ni por lago cristalino
 Se ve de ave esmaltada salto ó vuelo:
 Todo está en calma, y todo mal se olvida;
 Naturaleza yace adormecida.

CV.

Sólo Dido sus penas no adormece;
 No se hizo el sueño para angustia tanta
 Ni sus ojos ni su alma favorece
 Muda la noche con su sombra santa:
 Amor entre su pecho se embravece
 Y nuevas olas sin cesar levanta;
 Y de ellas combatida, de esta suerte
 Torna consigo á disputar su muerte:

CVI.

«¿Qué he de hacer? ¡Oh tormentos inhumanos!
 ¿Buscaré mis antiguos amadores?
 ¿Iré humilde á los reyes comarcanos?
 ¡Yo pisé su esperanza y sus amores!
 ¿Seguiré, triste sierva, á los Troyanos?
 ¡Harto gratos han sido á mis favores!
 ¿Ni á bordo su altivez me sufriria?
 Qué, ¿aun no he probado bien la alevosía

CVII.

»De esa de Laomedonte infame raza?
 ¿Sola iré tras su pompa? ¿Ó con los míos
 Volaré armada en pos á darles caza?
 Mas si á éstos de sus términos natio.
 Arranqué á viva fuerza, ¿con qué traz.
 Los moveré á tornar á los navíos?
 No, no; mi salvacion la muerte sea;
 ¡Calle á hierro el dolor de una alma rea!

CVIII.

»¡Tú, hermana, tú á mis llantos indulgente,
 Márgen diste á tan grande pesadumbre,
 Tú doblaste al amor mi dócil frente!...
 ¡Yo que pude, ejerciendo la costumbre
 De la bestia del campo independiente,
 Libre vagar de acerba servidumbre!...
 Muere, infiel de tu esposo á la ceniza!...»
 Querellándose así, Dido agoniza.

CIX.

En tanto Enéas, todo ya dispuesto,
 Ajeno él mismo de temor, dormido
 Quedóse en la alta popa: al Dios en esto
 Torna á mirar, que en las murallas vido:
 Con la propia actitud, la voz, el gesto
 Viene, en todo á Mercurio parecido;
 Aureo cabello y juvenil belleza
 Ornan sus blandas formas, y así empieza:

CX.

«En mal punto en sus brazos te entretiene
 El sueño, hijo de Vénus! ¡Alza y mira,
 Torna el daño á mirar que sobreviene,
 Y oye á Favonio que oportuno espira!
 ¿Los lazos sabes tú que ella previene?
 Fragua es su pecho de furente ira;
 Y ya, de perecer determinada,
 Nada respeta, ni le espanta nada.

CXI.

»¿Y no será que por el ponto vuelas
 Ganando estos momentos? ¡Guay si esperas
 Á la luz de la aurora! ¡Hachas crueles
 Arder verás, y levantarse hogueras,
 Y en la mar encontrarse los bajeles,
 Y ocupar el incendio las riberas!
 ¡Acude, iza la vela, corta el cable!
 Sér vario es la mujer siempre y mudable.»

CXII.

Dijo; y si ántes radioso, se incorpora
 En las lóbregas sombras. El durmiente
 Con la total oscuridad se azora,
 Abre los ojos y álzase impaciente.
 «¡Sús,» clama, «compañeros! ¡Á la hora
 Acorred á los bancos! ¡No consiente
 Tardanzas la ocasion: las velas pronto
 Dad á los vientos, y la flota al ponto!

CXIII.

»¡Otra vez de los reinos celestiales
 Esto nos manda santo mensajero:
 Quienquier seas ¡oh Númen! con triunfales
 Aplausos otra vez el fausto agüero
 Seguimos de tu voz. ¡Así señales
 El deseado rumbo al marinero!
 ¡Así hagas por el Cielo que nos rian
 Las lumbres bellas que al errante guían!»

CXIV.

Dice; y vuela, y la amarra del navío
Corta de un tajo de fulmínea espada;
A su ejemplo, á su impulso, el mismo brío
A los pechos de todos se traslada.
Ya arrancan, ya se llevan; ya vacío
Quedó el playon: debajo de la armada
La mar se oculta, y al batir continuo
Cubren de espuma el líquido camino.

CXV.

El áureo lecho de Titon la aurora
Tímida deja, entre celajes raya,
Y ya su lumbre, que horizontes dora,
Ve la Reina infeliz de la atalaya;
Ve la armada alejarse voladora
Con las velas parejas; ve la playa
Desamparada, y el desnudo puerto,
Y todo siente estar mudo y desierto.

CXVI.

Y el tierno pecho ofende y los cabellos:
«¿Y esos advenedizos mi esperanza
Burlarán,» dice, «con erguidos cuellos?
¿Impune al ponto el pérfido se lanza?
¿No corre en armas mi ciudad á ellos?
¿Naves no parten á tomar venganza?
¿Id, hachas menead, asid los remos!
¿Soltad las velas! por el mar volemos!

CXVII.

»¿Qué digo? ¿Dónde estoy? ¿Qué desvarío
Trastorna mi razon? ¿Dido infelice!
Ya el peso sientes de tu síno impío!
Cuando partija de mi cetro hice,
Convino este furor; ya, ya es tardío!
¡Traidor! ¡Y luégo de él que va se dice
Con los patrios Penates; que de escombros
Salvo al anciano padre sacó en hombros!

CXVIII.

»¡Ah! ¡sus cuerpos hacer trozos sin cuento
Pude, y de ellos sembrar la onda bravía!
Matar al hijo, y el manjar sangriento
Pude al padre servir; ¿quién lo impedía?
Peligro, ¿cuál? ¡Morir era mi intento!
¡Yo á sus tiendas llevara llama impía;
Yo al padre, al hijo, á todos, muerte fiera!
¡Yo los matara allí; luégo, muriera!

CXIX.

»¡Sol, cuya luz los ámbitos visita,
Tú que todo descubres, nada ignoras!
Juno, que viste mi amorosa cuita
Nacer, y hoy mides mis finales horas!
¡Hécate, á quien en calle tripartita
Claman de noche! ¡Furias vengadoras!
¡Oh Dioses, cuantos veis mi afan postrero!
¡Yo imploro compasion, justicia espero!

CXX.

»Mi ruego oid: si firme persevera
El hado que á ese infame lleva á puerto;
Si en esto Jove su querer no altera,
Que el fijado confin le aguarde cierto;
Mas tribu audaz contrástele siquiera,
Y en peligro se mire y desconcierto,
Y parta, el corazon vuelto pedazos,
Del dulce nido y los filiales brazos.

CXXI.

»Y vague, auxilios mendigando; y vea
Cómo á los suyos la fortuna humilla;
Ni el reino goce y calma que desea
Paz ajustando, á su valor mancilla.
¡Herido sin sazón de muerte sea!
¡Yazga insepulto en solitaria orilla!
Esto, ¡oh Númenes! pido; ved en ello:
Yo mi demanda con mi sangre sello.

CXXII.

»Vosotros, cual leales corazones,
Tirios, haced de vuestros odios prueba
Sobre esa raza en cien generaciones,
Y honra tan grande mi ceniza os deba.
Nunca amistad entre las dos naciones;
No haya quien pactos de concordia mueva;
Mas nacerá sobre mi tumba, fio,
Quien aplaque la sed del furor mio.

CXXIII.

»Álzate, vengador amenazante,
Acelera los tiempos; y ahora, y luégo,
Tu sombra por do vayan los espante;
Arróllalos feroz á sangre y fuego.
Y muro contra muro se levante;
Y un mar contra otro mar se ensañe ciego;
Y pueblo contra pueblo alce la frente;
Y guerra eterna mi rencor sustentel!»

CXXIV.

Dice; y buscando al ánima salida,
Á todas partes la atención convierte;
Y de Siqueo á la nutriz convida
Al misterio, que encubre, de su muerte:
(De Siqueo; la suya, reducida
Yace há tiempo en la patria á polvo inerte).
«Barce, mi fiel nodriza, vuela!» exclama:
«Vé, y al sacro festin mi hermana llama.

CXXV.

»Con agua rociándose primero,
Que traiga, di, las víctimas, y ofrenda
Cual pide la expiación: así la espero;
Y tú ciñe á la sien piadosa venda.
Ya celebrar la ceremonia quiero
Que á Pluton ofrecí: mi pena horrenda
Hoy debe de acabar; que de ese injusto
Hoy tiro al fuego el ominoso busto.»

CXXVI.

Dice; y mover esotra el paso intenta
 Con senil priesa. Mas la audaz amante,
 Terrible con la idea que apacienta,
 Temblorosa la faz, la vista errante,
 Torva en el ceño, en el mirar sangrienta,
 Jaspeado de visos el semblante,
 Pálida de la muerte ya cercana
 Vuela al recinto funeral insana.

CXXVII.

La alta hoguera con fiero desenfado
 Monta; la espada desnudó con ira
 (Dón no á tal ministerio destinado);
 Mas cuando el lecho y los vestidos mira,
 Memorias, ¡ay! de tiempo fortunado,
 Repórtase y con lágrimas suspira;
 Y arranca así, postrándose en el lecho,
 Los últimos sollozos de su pecho:

CXXVIII.

«¡Oh dulces prendas con mejor fortuna!
 ¡Dulces por siempre cuando Dios queria!
 Mi espíritu os entrego, y mi importuna
 Memoria cese con la vida mia!
 La senda anduve que emprendí en la cuna,
 Viví las horas que vivir debía:
 Hoy, fin logrando á míseros afanes,
 Van á otro mundo mis augustos manes.

CXXIX.

»Fundé yo una ciudad, ciudad preclara,
 Murallas propias coronó mi mano;
 Vengué la sombra del esposo cara;
 Yo tomé enmienda del malvado hermano.
 ¡Feliz, harto feliz si no tocara
 Mis costas, nada más, bajel troyano!»
 Y aquí, á par que en el lecho el rostro imprime,
 «¿Moriré inulta? ¡mas muramos!» gime.

CXXX.

«¡Así á la eternidad partir me agrada!
 El Dárdano este fuego á ver acierte
 Volviendo de la mar una mirada,
 Y el triste agüero lleve de mi muerte!»
 Dijo; y, herida en esto, derribada,
 La mano en sangre tinta, el hierro fuerte
 Manando sang'e las doncellas notan,
 Y el palacio á gemidos alborotan.

CXXXI.

Ya la Fama fatídicos rumores
 Va furiosa esparciendo en giro vago;
 Todo es lamento y llantos y clamores;
 Todo es alarma de espantoso estrago.
 Parece cual si entrasen vencedores
 La antigua Tiro ó la imperial Cartago,
 O que incendio voraz llamas crueles
 Tendiese por los altos capiteles.

CXXXII.

Oye el caso la hermana, y rostro y pecho
Desesperada hiere en modo rudo;
Al lúgubre lugar vuela derecho,
Y á Dido llama con lamento agudo:
«¡Y esto significaba el ara, el lecho!
¡Esto intentabas! ¡Y ofenderte pudo
Que te hiciese en la muerte compañal
¡Tú me engañabas, ah! ¡yo te creía!

CXXXIII.

»¿Por que no me invitaste, á ley de hermanos?
¡Contigo á un tiempo con placer muriera!
No que hora abandonada... ¡Y por mis manos
Yo propia, ¡ay infeliz! alcé esta hoguera!
¡Yo invocaba á los Dioses soberanos
Porque, espirando tú, yo léjos fuera!
¡Te perdí; me perdí: Pueblo, Senado,
Patria, todo lo hundí! ¡Nada ha quedado!

CXXXIV.

»Agua traed y lavaré la herida;
Yo sus heridas lavaré... ¡Si errante
Vaga en su labio un hálito de vida,
Yo le recoja con mi labio amante!»
Ya en el estrado fúnebre subida
Tal dice; y á la hermana agonizante
Ella al seno fomenta entre gemidos,
Ella aplica á la sangre sus vestidos.

CXXXV.

Los mustios ojos con fatiga vana
Trata de alzar la moribunda Dido:
Fáltanle ya las fuerzas; sangre mana
Del pecho abierto con cruel sonido.
El codo apoya, y por alzar se afana
Tres veces, y tres veces sin sentido
Cae sobre el lecho. Con errante vista
Busca la luz, y al verla se contrista.

CXXXVI.

La excelsa Juno de mirar se duele
El largo padecer, la ardua agonía,
Y porque á desatar vínculos vuela
Que aún detienen el alma, á Íris envía.
¡Ah! loco amor á perecer te impele,
No el hado; éste, infeliz, no era tu día!
Proserpina tu rubia cabellera
Aun no ha cortado, ni Pluton te espera.

CXXXVII.

Vuela Íris vaporosa, y en su vuelo
Brillan las plumas con el sol enfrente;
Y posándose encima: «Manda el Cielo
Que esta ofrenda á Pluton quite á tu frente;
¡Alma, sál fueral» dice; el rizo pelo
Corta aquí con la diestra, y juntamente
El calor cesa que en el seno mora
Y la vida en los aires se evapora.